

P A P E N F U S S

BOLETÍN GRATUITO DE RELATOS

ESPECIAL NAVIDAD



Para participar en este boletín, puedes enviar relatos de hasta 1.000 palabras o poemas de hasta 20 versos a revistapapenfuss@gmail.com

RENOVABLES, OTRO CUENTO NAVIDEÑO

J. M. Sánchez

Las fuerzas vivas locales y los medios de comunicación venidos de todo el país, e incluso de muy lejos, aguardaban expectantes la ceremonia del encendido de las luces navideñas, que, con la puesta de sol, alumbrarían la ciudad. El acto, que en sí mismo era un mero protocolo de políticos y vecinos, se había convertido en todo un fenómeno desde hacía años por la competición insensata de alcaldes entre ellos, de políticos entre ellos y de ciudadanos los unos contra los otros, hasta llegar al sinsentido de encender las luces en agosto, en pleno verano, cuando el anochecer tarda y los angustiosos trajes de rey mago de la corporación municipal se mezclan

con las bermudas y las chancas de la concurrencia.

Cuando ya el gentío empezaba a impacientarse y a comprender lo que significaban los husos horarios y la longitud oeste, una señal anunció lo que todos habían venido a ver, y así habló el munícipe por antonomasia: —Vecinos y visitantes, neighbors and bisitors —dijo el regidor ante la risotada de los allí presentes—, esta ciudad será recordada como la nueva Nueva York, dis siti giill be rimembered as de niu niullor.

Aquel discurso le pareció mejorable incluso al orador, que también lo había escrito, pero mejor era comenzar estas fiestas con buen humor y con titulares en la prensa de todo el mundo, especialmente la de la gran

manzana, que, como es lógico, aún no había decorado Times Square, taimscuer.

Sin embargo, y tras tanta pompa, se dio la circunstancia de que ante los ojos de todos y para decepción del abnegado edil, las decenas de miles de bombillas de bajo consumo en las que tanto habían invertido apenas desprendían un brillo imperceptible que la ciudadanía pronto tradujo en murmullo, un cuchicheo que se hizo más fuerte y que no tardaría en convertirse en un clamor de ira en favor de las energías fósiles y el dispendio de años anteriores. Más de uno en la comitiva habría deseado que la estrella que coronaba el árbol hubiera sido un meteorito de verdad, pero en ese momento, cuando todo se venía abajo, el concejal de festejos, viendo peligrar su cargo, hizo dos llamadas que no tardaron en surtir un efecto apaciguador, pues un inesperado aporte de energía hizo que toda la plaza se iluminara como antaño. Aquella y todas las noches desde mediados de agosto hasta el 6 de enero, los benefactores anónimos,

como salvadores de todo un pueblo, recibieron regalos navideños inesperados por haberles devuelto la alegría a los ciudadanos de aquella campechana ciudad de provincias.

¿Milagro navideño? Así lo tituló la prensa más reaccionaria, aunque se supo después de la huida de varios políticos a lejanas islas sin ley que aquella corriente provenía de las plantaciones clandestinas de marihuana que, enganchadas sin permiso al tendido eléctrico, disponían de energía suficiente como para iluminar la navidad, los carnavales, la pascua y las fiestas patronales de toda la comarca durante años, y que no podían hacer frente a la demanda de cáñamo con los paneles fotovoltaicos que el concejal de sostenibilidad les regaló a cambio de la financiación de la campaña electoral que llevó al partido a presidir el ayuntamiento durante décadas. Lo de siempre.

El caso es que todos los cargos renovables fueron sustituidos por otros que, tal vez temerosos de las consecuencias y no por rechazo al fasto de las bombillitas, le devolvieron a la ciudad su lugar en el mundo y a los niños esa sonrisa inocente y confiada.

PORTAL CÓSMICO

Ana Tomás

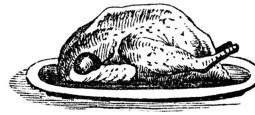
La puerta del portal chirría. Es un chirrido quejumbroso y lastimero. El altavoz que hay en la fachada de enfrente es un francotirador que acribilla a los transeúntes con ráfagas interminables de peces en el río y el vaho que exhalan las bocas son espíritus santos, emanaciones de calor con sabor a tabaco, chicles de fresa y clorofila, castañas, aguardiente, sol y sombra, incienso, mirra y miel. El oro es el diente de un vendedor ambulante de loterías. El oro... ¡veintisetemilseiscientosnoventaayuuunooo...! ...es el tique dorado de Willy Wonka, es Shangri-La, es un milagro y la alegría instantánea... Hay sopas y cafés instantáneos que no ofrecen tanto, apenas unas calorías, pero benditas sean para los estómagos vacíos. Benditas las fábricas de turrónes y mantecados y benditos los frutos de sus vientres, amén. La langosta es un bicho feísimo de antenas larguísimas que lucha en vano por escapar de los mostradores de las pescaderías, de las vitrinas de los restaurantes, que echa de menos la arena bajo sus patitas; es carísima, para muchos, más que nada, inalcanzable, digamos que como una estrella, que se ve allí en el firmamento pero que no se puede tocar; es la estrella de la navidad. Algunos tienen que conformarse con estrellas de plástico bañadas en purpurina; también son estrellas, pero no son de verdad, están al alcance de cualquiera. Las gambas congeladas son otra opción, pequeñas perseídas alegrando la mesa. Qué cósmico todo. En la taberna hay un tipo que dice que aún no ha nacido y otro que se lo niega hasta tres veces; están mezclando churras con merinas hartos de soles y sombras a las doce del mediodía; está claro que les van los villancicos, uno hace sonar

la botella de Soberano y el otro la del Mono, los de alrededor tocan las panderetas. Así son también las Felices Fiestas. Hay que tener mucha suerte para volver indemne de algunos viajes. Las Fiestas también son viajes. Joder, ya lo he dicho antes, todo es muy cósmico, cruzas una calle y entras en otra galaxia, cualquier casa es una nebulosa, con sus familias y sus conflictos, que son acribilladas irremediamente por los peces en el río mientras discuten, se ríen y comen a dos carrillos. Hay que tener mucha suerte para salir indemne. La puerta del portal chirría y la portera asoma; no es virgen; ni María. En la azotea las palomas alborotan con su arrullo, son símbolos que se han olvidado con el tiempo. En el cielo de las bocas y nadie guarda un triste hueco para los Salvadores. Y en el universo que nos circunda solo somos satélites solitarios gravitando en la misma órbita.

SOBREMESA NAVIDEÑA

Yolanda Escribá

Demasiadas luces.
Días de demencia.
La familia viene
con hambre de ausencia.
Compras los regalos
mientras pasas frío.
Tocan panderetas.
Cantan villancicos.
Tanto abalorio
para poco árbol.
A fregar más platos.
Recoges más quilos.
¿Mejor no te iría,
en buen sitio cálido,
perderte en el río
comiendo pescado?
No es poco cristiano.
De la Navidad
hay que persuadir
cuando eres el pavo.



DULCE VENGANZA

Ronnie Camacho

Mudarse a una nueva casa nunca es fácil, no solo se trata de volver a empezar tu vida en otra escuela o trabajo, sino también de las dificultades que esta conlleva, siendo un problema habitual en cada una de nuestras mudanzas el tener que lidiar con los vecinos molestos que no aprueban nuestro estilo de vida, pero pronto eso dejará de ser así.
—¿Cariño, sabes que es lo más importante a la hora de hornear unos buenos hombreritos de jengibre? —me pregunta mamá mientras se pone el delantal sobre su suéter navideño.
—No lo sé Ma, ¿el amor?
—No mi vida, aunque el amor es clave —acaricia mi mejilla mientras dice eso—. Lo más importante son las proporciones, un buen hombrerito de jengibre no debe ser ni muy crujiente, ni muy endeble, se debe encontrar un punto medio para que cada mordida sea una potente y agobiante experiencia.
—Entiendo, ¿qué es lo que necesitamos para prepararlos?
—Ok, si no mal recuerdo ocupamos huevos, mantequilla sin sal, azúcar morena, dos cucharaditas de jengibre molido, sal y nuez moscada —responde y uno a uno depositamos los ingredientes en un tazón de cristal para luego comenzar a batirlos.
El resultado es una mezcla color café cartón que desplegamos sobre una bandeja de metal hasta cubrir el último rinconcito, para después darle forma con los moldes.
Dándonos un total de doce hombreritos que metemos al horno y cuando termina el proceso de horneado los separamos, diez para merendar después y dos que serán parte de nuestro plan de venganza.
—Muy bien mi niña es hora de comenzar con el ritual —mamá lleva las dos galletas seleccionadas a la



ventana frente del fregadero, desde la cual tenemos una vista perfecta de la sala de estar de los Núñez, los vecinos que nos han hecho la vida imposible desde que nos mudamos

— ¿Estás lista?

—Desde el día en que nació.

—Excelente, escoge el que tú quieras —me da a elegir entre los anteojos del señor Núñez o el labial de su esposa.

—Yo quiero el labial de la señora, sigo enojada con ella por arrojar los excrementos de su perro a nuestro jardín.

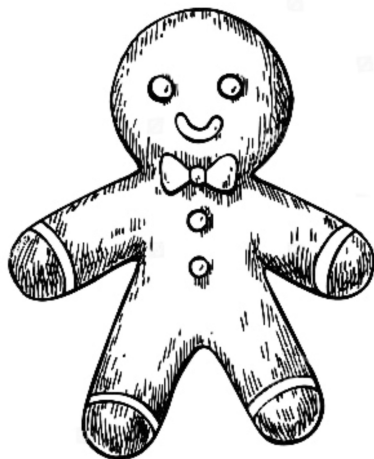
—Sí, también estoy molesta con ella, pero al menos ataca de frente, no como el hablador de su marido, ¿solo porque es el jefe de la comunidad de vecinos pensó que no le iba a cobrar la lectura de cartas?, no me ha bajado de bruja desde entonces, pero ya verá lo que una bruja enojada puede hacer —mamá saca de un cajón los materiales que necesitamos: un lazo y una vela—. ¿Aún recuerdas la oración para el hechizo?

—Sí.

—Muy bien —pone la vela sobre el marco de la venta y corta dos tiras de lazo, entregándome una y con ella enredo el labial de la señora en uno de los hombreritos que horneamos, mientras recitamos el siguiente sortilegio: “Con el alma humilde y el corazón abierto, convocamos a los espíritus de las hermanas caídas, las cazadas y las perseguidas para suplicar su favor, permítanos atar las almas de los que nos hieren a estas efigies, que lo que les pase a ellas lo resientan ellos, que su agonía perdure hasta que mendiguen perdón.”

Apenas terminamos de pronunciar el hechizo, un fuego verde enciende la vela siendo la señal de que la atadura ha surtido efecto.

Para probarlas, Mamá llena un vaso de leche y deja caer su hombrerito dentro, es entonces que el señor Núñez que estaba viendo muy tranquilo la televisión, se levanta de su



asiento para comenzar a escupir borbotones de leche.

—¡Gordo, ¿qué te pasa?! —grita su mujer quien intenta auxiliarlo, pero al ver que nada puede hacer, juntos salen de la casa para pedir ayuda.

—¡Haz que se calle! —ordena mamá y de un tallón borro la boca de mi galleta, haciendo que se cierre la de la señora Núñez impidiéndole seguir gritando.

—Muy bien, es hora de terminar con esto —salimos de la casa para ir con ellos—. Veo que tienen problemas vecina —dice mamá haciéndose la desentendida y como respuesta la señora Núñez asiente desesperada —. ¿Quiere que terminen?

El miedo en los ojos de la señora es sustituido por confusión y para explicarse, mamá saca la cabeza de su galleta de la leche y al instante el señor Núñez deja de escupir el blanquecino líquido.

La señora lo entiende y, aún con los labios pegados, su voz ahogada pronuncia la palabra “¡bruja!” antes de arremeter contra nosotras: mas la detengo al romperle una de las piernas a mi hombrerito, haciendo que el daño surtido se refleje en ella.

—Se los vuelvo a decir, si quieren que el sufrimiento termine, lo único que deben hacer es pedirnos perdón y jurar respetarnos a nosotras y nuestro hogar, ¿qué dicen?

—¡Per...perdón, juro que jamás volveré a hablar mal de ustedes! —se apresura a decir el señor Núñez.

—Está perdonado —mamá vuelve a dejar caer su galleta en la leche, pero en esta ocasión no le ocurre nada al hombre, la disculpa ha roto su atadura—. ¿Qué hay de usted? —pregunta a la señora, la cual responde entrecruzando sus manos para suplicar perdón.

—¿Lo ve?, no fue tan difícil —mamá la ayuda a levantarse.

—Gra...gracias vecina —dice la mujer temblorosa apenas recupera su voz.

—No lo agradezca, para eso estamos los buenos vecinos y para que vea que dejamos todo rencor de lado, le obsequiamos esto —con un movimiento de cabeza mamá me da la señal.

—Aquí tiene —le entrego a la señora Núñez mi hombrerito.

—Tómenlo como una muestra de buena voluntad, después de todo si esto vuelve a repetirse, sin problemas podemos hornear muchas más —amenaza mi madre con una amplia sonrisa.

—No será necesario, se lo prometo —asegura el señor Núñez.

—Eso espero, ¡feliz navidad, vecinos! Tras despedirnos, regresamos a casa satisfechas pues ahora tenemos la certeza de que nunca más tendremos que volver a mudarnos.

PAISAJE INVERNAL

Erendira Corona

Una bocanada de chispas brillantes se alzó sobre el fuego cuando usé el atizador para revolver los trozos de madera. La época invernal suele durar mucho en este lugar. Nieva de manera constante cubriendo todo bajo un inmenso manto blanquecino que se cierne delineando los fantasmas de las cosas y deja debajo un camino solitario cuya tímida silueta conduce a un lago congelado. Un enorme espejo que reúne a las nubes y las copas de los árboles como borlas suaves de algodón.

A veces da la impresión de que aquí el invierno no acabase nunca, por eso trato de mantener siempre vivo el

CAREY CON LECHE

Sonia Pino

A las 10.30 h. se ha sentado en el bar de siempre a almorzar.

Había mucha gente, así que para entretenerse mientras la atendían, se ha concentrado en la música del local.

Lo que pensaba que era una canción ha resultado ser una secuencia de 15 minutos con el siguiente contenido: Jingle bells a gorgoritos, campanas electrónicas, un rapero, un himno escocés en versión acelerada mix, la voz de Luis Miguel retorciendo Noche de paz, el rapero de nuevo, más campanas.

Para cuando ha llegado su tostada, ella ya masticaba la rama del árbol de plástico que tenía a la derecha; su espumillón, su cinta dorada. Con una mano mojaba un reno en el café con leche, con otra daba golpes en la mesa con un pandero.

Cuando por fin se han callado todos, ha podido pagar su almuerzo y salir corriendo del local.

En ese momento empezaba a cantar Mariah Carey.

“A mí no me pilla”, gritaba, dejando un reguero de bolas rojas a su paso.



fuego. Desde hace varios años, tantos que no recuerdo, esta ha sido una de las tareas a las que me he dedicado principalmente, pues nadie más a quien pudiera yo conferir tal encomienda vive cerca. Y aunque la edad me ha alcanzado, todavía guardo las fuerzas necesarias para levantarme por las mañanas y efectuar el ritual de dar un vistazo en el espejo para acicalarme. Luego me pongo el abrigo y las botas y me aventuro al claro más cercano del bosque. Al abrir la puerta, el blanco resplandeciente de la nieve me ciega por unos instantes, pero de cualquier modo, mis ojos terminan acostumbrándose. Al caer la tarde, retorno llevando sobre mis hombros otro tanto de lo necesario para sobrevivir otro día. Dentro de la cabaña casi siempre todo es silencio y tranquilidad, o al menos así solía ser hasta hace poco. Puede parecer difícil de creer que un hombre sobreviva bajo tales circunstancias, pero los solitarios como yo siempre acabamos por encontrar el modo. Para el frío tengo el remedio del fuego y para hacer más llevadera mi soledad, aunque infinitamente serena, suelo acompañarme de ellos...



Todo comenzó una mañana mientras me encontraba afuera. Escuché a lo lejos unas risitas que parecían de niños jugando en un jardín, cosa que me preocupó un poco y pensé sería síntoma de mi desvelo. Sin embargo estos sucesos extraños prosiguieron. También se escuchaban ruidos de trastes como si alguien más estuviera en el fregadero, lo cual hacía que dejara la comodidad de mi sillón para dirigirme tras el intruso,

tal vez un pequeño mapache en busca de algunas sobras de comida. Pero no hallaba nada, y cuando me encontraba ahí... el ruido de la cocina desaparecía y los murmullos se trasladaban al sitio del viejo sillón. Durante algún tiempo todas estas situaciones, no lo voy a negar, me mantuvieron desconcertado. ¿Me estaría volviendo loco?

La respuesta llegó poco después. Una mañana me despertó el fantástico aroma de pan recién horneado. Ya no solo percibía sonidos sino también aromas... De repente, mi habitación se veía inundada por el olor de una pipa aunque yo ni siquiera fumaba, o del perfume fresco de un ramillete de flores recién cortadas mientras me encontraba almorzando en la mesa sin tener en ella algo más que mi plato con menudrugos de pan y queso. Todos estos episodios ocurrían en cualquier instante y sin explicación, pero para mi fortuna y mayor asombro... a los aromas tuvieron a bien suceder las imágenes. Al principio tenues y borrosas como recuerdos lejanos o fotografías antiguas que de a poco desafiaron el flujo normal del tiempo y se fueron haciendo más nítidas

conforme pasaban los días. Entonces los conocí. En aquellas inexplicables visiones dilucidé a una pequeña familia conformada por los probables dueños de aquellas sonrisas: una niña de ojitos rutilantes llamada Amélie, su pequeño hermano, un señor que debía ser el padre de ambos y a quien le gustaba fumar pipa; y una señora menuda de aspecto sonrosado a la que mi olfato había dictaminado excelente cocinera.

Desde que todo esto comenzó, se ha vuelto normal que a veces un ruido suave proveniente de otro hogar distinto a mi humilde cabaña, me despierte por las noches. Como sucedió una vez, cuando el más pequeño enfermó y sus padres pasaron toda la madrugada en vela cuidando su cuerpecito que yacía postrado sobre el mueble, colocando compresas de agua fresca en su frente. Bueno, bueno... en realidad, no todo ha sido un sobresalto, pues mis días también se han visto alegrados al presenciar las ocurrencias de Amélie. Me atrevo a decir que me he encariñado con todos, pero a la que tengo en mayor estima, es a ella. ¿Existe alguna razón para esto? Mentiría si digo que lo sé, lo cierto es que guardamos algún tipo de conexión que no puedo explicar. Irónicamente, lo único que me consuela es que no haya nadie más por aquí cerca, ya que no sé si me resistiría a contarle acerca de todo esto, que no estoy seguro de estar alucinando a causa de mi soledad o si lo sueño por simple gusto, porque probablemente me tendrían por un loco, tal como yo mismo me creí en un inicio y quizás me aconsejaría evitar seguir alimentando la ilusión de algo que no existe.

Por eso creo que es preferible así, para poder seguir imaginando, acaso, que hoy Amélie se encuentra igual de vivaracha que siempre, distraída como muchas otras tantas veces entre sus juegos, mientras su madre la busca sin obtener respuesta y entonces le lanza una leve reprimenda.

—¡Amélie... Amélie...!, demonio de chiquilla, ¿qué esperas? Ven y trae a tu hermanito contigo a la mesa, que ya es hora de cenar. —escucha Amélie decir a su madre a lo lejos, mientras da brinquetes por ahí y en su camino rumbo al comedor se detiene a contemplar su cuadro favorito al lado de la chimenea: una hermosa pintura que retrata un paisaje solitario de invierno y a un hombre de cabellos grises sentado frente al fuego. Y en la danza de las chispas, una lluvia de pensamientos y ensoñaciones que en lugar de caer, asciende.

NAVIDADES SIN ELECTRICIDAD

Joaquín Valls

Durante la infancia nuestras navidades transcurrieron en una casa aislada que no disponía de corriente eléctrica, en cuyo patio crecía un abeto azul que decorábamos por unos días con espumillón y bolas plateadas. Al caer la noche nos reuníamos alrededor de la chimenea para leer cuentos o jugar a las damas o al parchís. Como combustible empleábamos troncos de pino que recogíamos en el bosque, a menudo húmedos; el denso humo que lanzaban de modo intermitente impregnaba nuestras ropas y nos hacía llorar. Para iluminar el interior de la vivienda empleábamos varias lámparas de carburo. Después de cenar nos apretujábamos en el único sofá. Allí sentados, contemplando las llamas y escuchando el crepitar de los leños y las pequeñas explosiones que producían las piñas al quemarse, no tardábamos en quedarnos dormidos con la cabeza reposando sobre el regazo de nuestros padres. Al día siguiente y como por arte de magia, despertábamos siempre en nuestras camas con las bolsas de goma ya frías junto a los pies.



F I N I S